

JURGEN THORWALD

El
TRIUNFO
de la
CIRUGÍA

SEGÚN LAS NOTAS DE MI ABUELO,
EL CIRUJANO H. ST. HARTMANN

Ariel

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Prefacio

Regiones inexploradas

Los monos del doctor David Ferrier

Kocher o las tragedias de Berna

Tumor

Marion Sims - John S. Bobbs - Lawson Tait - Carl Langenbuch

La almendra azul

Intermezzo imperial

Bassini

La segunda batalla contra el dolor

Sigmund Freud - Carl Koller - William Halsted - Paul Reclus...

Horas estelares

Chicago o el petrel rojo

Sauerbruch

Ventana abierta a la luz

Relación de fuentes bibliográficas

Índice de ilustraciones

Láminas

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Hacia finales del siglo XIX la medicina consiguió establecer unos avances cruciales: la narcosis, la antisepsia y la asepsia abrieron a los cirujanos el acceso a zonas del cuerpo humano hasta entonces inexploradas. El libro nos acerca también a las innovaciones que por entonces parecieron prodigiosas, como el trasplante de córnea, que sentaron las bases de la moderna cirugía. Con este volumen, Jürgen Thorwald completa la crónica de la cirugía moderna iniciada con *El siglo de los cirujanos*, recuperado también por Ariel.

Jürgen Thorwald

El triunfo de la cirugía

Según las notas de mi abuelo,
el cirujano H. St. Hartmann

Ariel

La narcosis, la antisepsia y la asepsia constituyen el amplio fundamento sobre el cual se basa la cirugía. Cuando, hacia los años ochenta del siglo XIX, se hubo establecido tal fundamento, desapareciendo los antiquísimos temores a la infección, se les abrió a los cirujanos el acceso a todas las zonas del cuerpo humano. Entonces se inició la lucha por la conquista de las regiones inexploradas de dicho cuerpo; desde la del hígado, de siempre inabordable, hasta las misteriosas zonas del cerebro, médula espinal y sistema nervioso periférico, pasando por el corazón, pulmón y tiroides, todas y cada una de las regiones del organismo fueron abriendo sus puertas antes vedadas al escalpelo. Se inició una competición internacional en la que participaron cirujanos de todo el mundo. Si los políticos se han acostumbrado a hablar de imperios creados por la fuerza militar y económica, imperios representados por sus estadistas, soldados y magnates financieros, yo me atrevo a hablar de otro imperio que ha surgido de la lucha por la vida del hombre y cuyos representantes son los médicos. Dicho imperio forma parte de otro todavía más vasto, el de la ciencia, que ha sido el primero en rebasar las fronteras y los límites de los continentes. Yo lo denomino el «Imperio universal de los Cirujanos».

SIR D'ARCY POWER

PREFACIO

Cuando se publicó el primer tomo de este ensayo encaminado a la descripción de las etapas decisivas de la época en que se inició la exploración del territorio de la cirugía, ensayo que llevaba el título de El siglo de los cirujanos, se estampaban en primera página del volumen, a manera de lema, unas palabras del francés Bertrand Gosset. Decían así: «La historia de la cirugía es una historia de los últimos cien años. Se inicia en 1846 con el descubrimiento de la anestesia y, por tanto, con la posibilidad de operar sin dolor. Todo lo anterior a tal fecha, no pasa de ser una noche de ignorancia, sufrimiento y estéril tanteo en la oscuridad. En cambio, la "historia de los cien años" ofrece el panorama más grandioso que conoce la humanidad».

Yo había encontrado estas palabras entre las abundantes anotaciones legadas por mi abuelo materno, el infatigable viajero americano-alemán y apasionado historiador de la ciencia médica, Henry Steven Hartmann. Dichas palabras estaban subrayadas repetidas veces, como si mi abuelo hubiese querido mostrar con ello la importancia que les concedía. Supongo que si mi abuelo hubiese podido conocer el lema que ahora se inscribe en este segundo tomo titulado El triunfo de la cirugía, habría accedido a otorgarle idéntica aprobación. Hace años, descubrí este lema en Baltimore, en una revista inglesa, y en dicha ocasión fui yo quien lo subrayó varias veces. Sus palabras quieren decir, nada más ni nada menos, que aquí se sigue relatando la historia de la cirugía a partir del momento en que quedaron sentados los fundamentos decisivos de esta disciplina. Tales fundamentos son la narcosis y la asepsia. Entonces se inició una disputa internacional acerca de la forma de tratar las diferentes regiones del organismo, disputa que condujo finalmente a la construcción del grandioso edificio de la cirugía moderna.

El día 16 de octubre de 1846, en el Hospital General de Boston, Henry St. Hartmann, estudiante de medicina, asistía al descubrimiento de la narcosis, calificado por Gosset de punto de partida de la cirugía. Con ello se convirtió en testigo ocular del paso revolucionario mediante el cual la medicina abandonaba un terreno que se hallaba bloqueado por el poder de los dolores operatorios, donde sólo eran posibles un número muy reducido de intervenciones extremas y en el cual la cirugía había permanecido encallada durante milenios.

Dos decenios más tarde, era testigo del segundo descubrimiento fundamental: el nacimiento de la antisepsia, cuyo desenvolvimiento condujo más adelante a la asepsia, que venció las graves infecciones que hasta entonces habían atacado, casi sin excepción, todas las heridas operatorias de alguna importancia, infecciones que, aun después del descubrimiento de la narcosis, siguieron imponiendo rigurosas limitaciones a la práctica quirúrgica. El camino de la cirugía estaba abierto. Esta se adentró por él en un vasto país sin límites que esperaba sus descubridores, y, los cirujanos, en su lucha por la curación de los órganos humanos enfermos, procedieron como los grandes viajeros exploradores de las zonas incógnitas de la tierra.

El primer tomo de esta historia abarca el período en que se echaron los fundamentos de la cirugía, y el relato de tal historia se basa en las notas de mi abuelo, que después de haber asistido a la primera narcosis, en Boston, y llevado del afán de seguir personalmente el desarrollo ulterior de aquella ciencia, viajó continuamente por todo el mundo. Mi abuelo era hijo de William Hartmann, uno de aquellos médicos sin título y acomodados, de la antigua América, que durante la primera mitad del siglo XIX recorrió todos los estados del país como especialista en fístulas y hernias. Henry heredó de él, no sólo las ansias viajeras, sino también una fortuna que le permitió renunciar al ejercicio de su profesión y dedicar su vida al cultivo de la historia de la cirugía.

A su madre, fallecida prematuramente, debía su interés por la historia, y su talento de narrador le llevó a reunir una gigantesca biblioteca y anotar, llenando millares de cuartillas, sus encuentros internacionales con las grandes figuras de la ciencia quirúrgica.

Sin preocupaciones de índole económica y acostumbrado desde su infancia a desenvolverse en tres idiomas, inglés, alemán y francés, viajó continuamente por América, Europa, África e incluso Asia Oriental. Visitó a casi todos los cirujanos y científicos cuyos nombres han quedado en la historia de la cirugía, y pudo hacer observaciones en casi todos los grandes centros científicos, bibliotecas y museos médicos de todo el mundo. Hasta edad muy avanzada, cualquier noticia acerca de un nuevo descubrimiento lo llevaba a emprender el viaje hacia el punto en que se había producido el hallazgo y a ponerse en contacto personal con el descubridor.

Al morir, en 1922, en Suiza, de un ataque cardíaco, tras haber sufrido en su larga y pletórica vida cinco operaciones en su propio cuerpo, había reunido casi todos los detalles de la polifacética historia de la cirugía moderna.

Henry Steven Hartmann, inclinado al realismo de la vida, era un hijo típico de la América de aquellos días. En su juvenil entusiasmo por la narcosis, creyó que ésta iniciaría por sí misma la nueva era de los cirujanos. Las experiencias ulteriores, al demostrar que con ella no se había solucionado todo, que aun existían otros obstáculos que salvar —principalmente las horribles infecciones en los sucios hospitales—, lo conmovieron profundamente y, sin duda, lo desengañaron, pero no alcanzaron a destruir su fe en el progreso. Cuando al fin se consiguió vencer la infección, se vio arrastrado por la convicción de que a los cirujanos todo les sería posible y que, finalmente, no habría enfermedad que ellos no pudiesen curar, ni órgano afectado por ésta que no pudieran intervenir. Tal convicción le hizo recorrer todo el mundo tomando nota de cuanto veía con verdadero apa-

sionamiento. Y esto a pesar de que, en su propia vida, no le fueron ahorradas graves pruebas y desgracias personales que, en los decenios ulteriores de su existencia, le obligaron a reconocer los límites impuestos a los cirujanos. Henry Steven Hartmann legó sus notas y su archivo a aquel de sus descendientes que como él sintiera un profundo interés por la medicina y al mismo tiempo por la historia; pero ninguno de sus hijos heredó sus disposiciones. Doce años después de su muerte comencé yo los estudios de medicina, orientándome más tarde por el de la historia. De esta forma me convertí, casualmente, en el heredero de un tesoro de documentación histórica y literaria en el que había, no obstante, multitud de lagunas. Las aludidas notas, únicas en su género, me animaron a intentar el relato de la vida de Henry Steven Hartmann y a trazar, al propio tiempo, una imagen de la época heroica de la cirugía moderna. Tal empresa me llevó a efectuar un estudio de la historia quirúrgica que no se ceñía únicamente a los hechos médicos corrientes. Con el fin de llenar las lagunas existentes en los papeles de mi abuelo, tuve que profundizar en el estudio del ambiente, costumbres y carácter de sus personajes y buscar, durante muchos años, documentos con los cuales confrontar ciertos relatos del narrador en los que éste se hacía sospechoso de excesiva fantasía. Pero todas las comprobaciones efectuadas me demostraron que Henry Steven Hartmann se atuvo siempre a la verdad. Por otra parte, se me presentó la cuestión de si debía recoger algunos capítulos que, refiriéndose a problemas menos fundamentales, habían sido objeto de especial interés por parte de Hartmann. En el caso de la cirugía de la laringe decidí seguir la idea de Hartmann —aun a trueque de exponerme a la sospecha de haber querido escribir relatos sobre las cortes reales, cediendo a la inclinación popular y muy generalizada de leerlos— ante todo porque el material de mi abuelo me pareció suficientemente valioso y original, entre otras cosas, por la inclusión de la figura de Semon.

Así fue como, de una labor de muchos años y valiéndome de las notas por mí heredadas, surgió el relato cuya segunda parte presento en este volumen. Tengo la esperanza de que del mismo modo que las notas que le sirvieron de base, siga siendo un reflejo fiel de la gran época heroica de la cirugía y muestre algo de aquella amplitud universal a la que con tan conmovedoras palabras hubo de referirse sir D'Arcy Power al hablar del «Imperio universal de la Cirugía».

REGIONES INEXPLORADAS

Los monos del doctor David Ferrier

El martes 2 de agosto de 1881 llegué de nuevo a Londres como en otras treinta o cuarenta ocasiones de mi vida anterior. Era la víspera de la apertura del Tercer Congreso Internacional de Medicina, que debía tener lugar en St. James Hall.

Cuando a última hora de la noche llegué al Hotel St. James, ya habían arribado a Londres tres mil médicos procedentes de todas partes del mundo y, entre ellos, muchos de universal renombre. En la estación había visto a Virchow, Langenbeck y Robert Koch, de Berlín; Pasteur, de París; Rauchfuss y Kolomin, de San Petersburgo; Henry Bigelow, de Boston, y William Keen, de Filadelfia. Pero entre la multitud de los que constituían la selección de médicos que en aquellos días se reunían en la capital de Inglaterra, eran muy pocos los que se habían de convertir, al correr del tiempo, en verdaderos iniciadores de la segunda gran época de la historia de la cirugía.

Aun hoy resulta difícil fijar, de una manera efectiva, cuándo se inauguró esta nueva fase llena de esfuerzos y descubrimientos, de fracasos y triunfos. La victoria sobre los dolores operatorios (por medio de la narcosis en los años cincuenta del siglo XIX) y sobre la infección traumática (por la antisepsia y la asepsia en los años ochenta) había roto las cadenas que constreñían a la cirugía a limitarse a una actuación bárbara y mortífera sobre unos pocos miembros externos. Narcosis, antisepsia y asepsia habían creado las condiciones previas para la nueva era, en el curso de la cual la cirugía había de pasar a la aplicación de sus conquistas técnicas a todas las regiones del cuerpo humano. Eran muy pocos los cirujanos que ya antes de la difusión de la narcosis y de la antisepsia se atrevieron a intervenir en el interior del